

cés - en Francia ocurre el caso - que mató a su mujer a tiros, porque, sobrado enamorada de él, no le dejaba a sol ni a sombra, y no le permitía cumplir sus deberes militares...

¿De suerte que es lícito al hombre despachar a la mujer al otro barrio, ora sease porque ya no le quiere, ora porque le quiere de más, con golosina y con fatigas?

Uno de los crímenes o por lo menos delitos que se cometieron estos días contra la mujer, ha tenido por móvil, no tiquis miquis afectivos, sino el vicio nacional: la afición, así, *tout court*, porque nadie ignora de qué afición se trata.

Bien mirado, estaba en lo justo el buen hombre. ¿Habrá exigencia como la de preferir conservar los colchones, en vez de dedicar su importe a adquirir un tendidito para admirar al fenómeno?

Debía de ser la tal esposa una grandísima comodona y holgazana, amiga de dormir en blando. Por tan perniciosa aspiración, se opuso a que empeñase los colchones su marido. Y éste, para darle una lección, fué y la descargó unos cuantos estacazos, amén de intentar estrangularla, o cortar el cuello, o tirarle un viaje, o cosa parecida.

¡Y aun hay quien encuentre recargado el cuadro que pintó Federico Oliver en *Los semidioses*!

Para los que entienden que la fe se ha acabado en el mundo, va la noticia. Trátase de la gran custodia que, en la noche del 16 al 17 de mayo, inauguró la Adoración nocturna en la Catedral de Madrid.

Es realmente un detalle, nada más, del culto tan intenso y a cada paso más extenso también de la Vigilia del Santísimo Sacramento; y, en poco tiempo, se han recaudado para la custodia, en metálico, cerca de cincuenta mil pesetas, gran parte en oro, y miles de piedras preciosas que enriquecerán la joya. El oro obtenido fundiendo monedas y alhajas, pasa de once kilos y medio, y la plata, de veinticinco kilos, pues una familia envió su servicio de mesa, sin faltar pieza de él.

Digan luego que nuestra época es de frialdad religiosa: pocas veces se habrá dado tanto para el culto y para la beneficencia, que es una derivación de la fe. Aumentan las restituciones por medio de los confesores, y las personas que legán sus bienes para fines de caridad, son muy numerosas y pudientes.

Entre ellas, por cierto, figura mi antigua amiga la duquesa de Nájera - ya duquesa viuda al morir -. Esta señora, con la más noble intención, dejó su magnífico palacio de la calle de Alcalá para un Asilo, creo que de niñas. Pero es el caso que de la idea a la práctica va mucho trecho, y parece que el sitio que ocupa el palacio y su distribución le hacen poco a propósito para tal fin. Así es que será difícil cumplir al pie de la letra la voluntad de la testadora. Tampoco, según dicen, se cumplirá su encargo de que las pieles que poseía se arreglen para uso de las niñas de dicho Asilo. No hay manera de poner una estola de chinchilla al cuello de una niña pobre. Este capricho, que tiene mucho de poético, no pasará del papel de oficio. Las pieles supongo que habrá que venderlas, y con su producto, se podrá abrigar bien a las asiladas, el día que el Asilo sea un hecho.

Va acercándose la fecha del Centenario de Cervantes, y el cervantismo dicta una multitud de iniciativas, y origina infinidad de discusiones, que nos interesan a todos.

Yo, menor de los o de las que cultivan el habla castellana, declaro que Cervantes es patrimonio de todos, y que cuantos escribimos tenemos un derecho más especial a opinar en tal asunto. Y por lo mismo, el monumento a Cervantes, que se proyecta y al cual se le está buscando emplazamiento, no debe ser a Cervantes tan sólo, aislando su gloria. El monumento debe ser al habla castellana, lo cual engrandece a Cervantes, haciéndole símbolo de algo tan majestuoso, y tan extendido, y tan imperecedero en ambos mundos. De tal suerte, se comprenderá que Cervantes representa justamente *eso*, el idioma, en su momento de expansión, en el viejo solar y al través de los mares.

Y como quiera que, aun habiendo culminado en Cervantes el idioma, otros muchos contribuyeron a completar el tesoro, y en cada uno pudiera encontrarse una excelencia y virtud especial, y acaso una nimia perfección que en la espontaneidad de Cervantes no cabría, tengo por injusto que vaya Cervantes no más, y que, conservando el lugar preeminente, entre los grandes clásicos, maestros del lenguaje no le rodee la hueste. El monumento debe ser de tal traza, que acompañe a la de Cervantes varias figuras, por el arte del escultor dispuestas, de manera

que indiquen el sucesivo desenvolvimiento de la magnífica lengua castellana.

Allí deben agruparse, en apoteosis, desde Alfonso el Sabio, el Arcipreste de Hita y Gonzalo de Berceo, pasando por los siglos de oro, con Lope de Vega, Tirso de Molina y Santa Teresa de Jesús, sin olvidar a Quevedo, Gracián, Herrera, Villegas, y sin prescindir de San Juan de la Cruz, y de los cronistas e historiadores, todos los que dejaron alta memoria en el cultivo de nuestra habla nacional, hasta Torres Villarroel, los clásicos del siglo XVIII, y los románticos del XIX. El monumento, así comprendido, tendría dos cualidades: sería grandioso y respondería a un concepto de equidad. Sería injusto que, por glorificar a Cervantes, que merece toda gloria, sacrificásemos a los demás, que la merecen también.

Como en todo caben pareceres encontrados, no falta quien entienda que Santa Teresa es un maestro de la altura de Cervantes, y más puro de lenguaje, ya que el autor del Quijote incurrió en numerosos italianismos. Por mi parte, declaro que siempre colocaría a Cervantes a la cabeza; lo cual no implica que se otorgue a los otros grandes escritores y grandes poetas, pensadores, satíricos, místicos, historiadores, etc., un lugar a su lado... y ¡felices, en medio de todo, las naciones que pueden presentar tal cohorte de talentos y de genios!

Emoción sincera y efusiva ha causado en Madrid, y a todas las clases sociales - tan resobada frase cae bien aquí - la operación quirúrgica que ha sufrido Mariano de Cavia. Un entendimiento y cultura prestigiosos, demostrados en larga y asidua colaboración en *El Imparcial*, habían familiarizado con su nombre al público, y le proporcionaban notoriedad envidiable. Su pluma tenía arranques simpáticos, y un españolismo de aragonés de cepa vieja le inspiró mil veces campañas resonantes y briosas. Por eso, al ser conocido el peligro de su vida, no quedó quien no se interesase por él, ni quien no fuese a preguntar por su salud, en el Sanatorio.

La operación, cuyos detalles no conozco, ha debido ser cruenta y rigurosa. Sin duda estuvo afortunada la ciencia, pues el enfermo empieza a poder recibir a las personas que desean verle y felicitarle.

Importa que hombres como Cavia conserven su cerebro sano y firme, y puedan dedicarse a sus tareas (así lo esperamos), muchos años todavía.

Se preparan grandes fiestas en la villa y corte. El tiempo no parece el más propio para zambras, pero reconozcamos que conviene ponerse en la razón de todo el mundo; que el comercio sufre una crisis profunda; que los hoteles y fondas ganan poco o pierden bastante, y que es preciso vivir.

La iniciativa de las fiestas de mayo pertenece al Centro de Hijos de Madrid, que ha desplegado los recursos de una imaginación fértil para desarrollar el programa. Entre otras mil solemnidades, veo que en la Plaza de Toros se verificará un homenaje a Chueca, sin duda el compositor que mejor interpretó el alma del pueblo de Madrid y de la chulería. A este homenaje cooperarán todas las bandas civiles y militares, y los coros de todos los teatros madrileños. Habrá fiesta de la Maya, con cantos y coros a la Primavera, y batalla de flores en el paseo de coches. Además, en plazas y calles se exteriorizará la animación por medio de balcones engalanados.

No dejo de tenerle un poco de miedo (miedo enteramente altruista, pues ya se comprende que no había de asistir a festejo alguno) a la llamada fiesta del Progreso, que tendrá base de aerostación y automovilismo. Es un poco expuesto a desgracias. Aquí, donde el *sport* de moda en los chicos es torear a los automóviles, y su plato de más gusto, meterse bajo sus ruedas; aquí, donde nadie se aparta cuando toca la bocina; aquí, donde es milagroso que diariamente no haya quince o veinte despachurados, ¿qué sucedería en la aglomeración de un festival?

Pero en fin, lo que algo vale, algo cuesta. El programa es nutrido, original y brillante, y con que se realice la mitad, podrán darse por contentos el comercio y las varias industrias que realmente languidecen, llevando a la ruina y al hambre a innumerables familias.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Varias veces me han solicitado - desde que se desencadenó la guerra -, para que una mi voz a la de otras damas (o la alce aisladamente), a fin de conseguir que la guerra termine...

No es posible negarse a tan humanitaria petición. Por mí, que no quede. Tanto más, cuanto que el deseo que me piden que exprese, es el mismo que siento a todas horas.

¿Quién no deseará el término de esta espantosa lucha, cuyas consecuencias ulteriores se temen sin definir, y no se definen porque sobrepujan a la imaginación? Pero una cosa es esto, y otra creer que conduzcan a nada (como no sea a una afirmación colectiva de buenos sentimientos, lo cual nunca está de sobra), estas paces por la paz y concordia entre los príncipes cristianos... y mahometanos también, dígalos Turquía.

Me represento a un barbudo general, de los aliados o de los germanos, en su campamento, dando vueltas a la cuestión ardua de cómo empeñará el «movimiento» del día siguiente, o de aquella misma noche. Si le dicen - no se lo dirán - que las damas españolas desean la paz, es fácil que ponga por comentario:

- ¡Más la deseo yo!

Y en cuanto a los príncipes cristianos o de la Media Luna... ni aun comentarán. A lo sumo, un repulgo desdeñoso:

- ¡Visto!

Porque - y esto es claro como la luz -, los intereses, mercantiles o patrióticos, no lo discutamos, que han determinado esta guerra, son tan fuertes, que pretender influir en el desarrollo de los sucesos con un sentimiento tierno y dulce, es como impedir con un papelillo extendido el paso de un torrente...

La guerra terminará, es también indudable. Terminará, y acaso más pronto de lo que se piensa, porque no hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista. Y yo ya no comprendo cómo el cuerpo de bastantes naciones beligerantes puede aguantar tal desangre de las venas y de la bolsa.

Otra cosa hay que tampoco me explico: por qué andan diciendo que al terminarse la guerra es cuando España notará las consecuencias del conflicto mundial.

Esto sí que será injusto. España en nada se ha metido, y ¿ha de sufrir consecuencias tan atroces? No nos faltaba más que eso.

Pero a todo hay que disponerse. Por lo tanto, preparémonos, y si viene la miseria que vaticinan, recojámosnos a un rincón del mundo, a poder decir, como Siéyes, a quien le preguntaban qué había hecho durante el Terror:

- ¡He vivido!

Con la primavera (aunque agria y destemplada), se ha exaltado la pasión amorosa, llamémosla así, y multitud de novios y amantes han tenido la comodidad de acabar con sus amadas y novias, por aquello de «muerto el perro se acabó la rabia».

Se pierde la cuenta de los crímenes de este género cometidos últimamente. Crímenes rifeños con los cuales el Jurado suele desplegar benignidad suma.

También me ha parecido demasiado suave el acuerdo del tribunal que absolvió a un capitán fran-